

La fragilidad entre la existencia i la inexistencia

Glòria Bosch Mir

Mercis Rossetti Caral

Podríamos hablar de las personas que, si no están marcadas en una categoría previa, no existen. También podríamos hacerlo sobre pautas que nos ofrecen productos etiquetados con las falsas verdades de un lenguaje impostado para vender sus productos. Podríamos seguir entre divisiones que nunca se ocupan de relacionar todo lo que supone vivir y crear sin entender que ningún sistema puede acotarse en sí mismo. Mientras, somos una gran cantidad de gente la que lucha de manera desesperada para seguir avanzando en frágil equilibrio, como si tan solo existiera la cuerda floja que sostiene al funámbulo. No se trata de alcanzar ninguna meta que suponga una etiqueta y, a pesar de que una mayoría se ha acostumbrado a seguir este camino, lo que se ha de conseguir es ir más allá de las apariencias.

Un archivo no es un sistema cerrado y aburrido que solo pueda interesar a unos especialistas concretos, sino muchas vías extensibles para crecer como colectivo más allá de los órdenes específicos de las cosas. Los cierres niegan la libertad de expresar cualquier potencial de posibilidades y evitan el desplazamiento de las alternativas que se derraman de una distribución calculada de antemano. Cada opción se funde invisible en una carpeta con su debida etiqueta de localización, pasando de la existencia a la inexistencia, justo al revés de lo que debería ser, hasta que un día alguien se atreva a subvertir los códigos establecidos.

PRIMERO TE ENSEÑAN A EXISTIR y adoctrinan por categorías, cánones, plantillas, clasificaciones, tendencias, nombres, palabras, órdenes y cajas en las que solo puede estar lo justo y lo correcto. ¿Para quién? En definitiva, tan solo es la suposición de todo ello cuando aún no te das cuenta de las fugas, de la necesidad de escaparte de aquellos significados para alcanzar otras relaciones y conexiones. Las cajas se rompen para buscar el aire que les falta y las palabras, derramadas, no aguantan la estrechez de miras. Nada se puede guardar mucho tiempo sin huir hacia otros lugares. Frente a mi propio archivo, que crecía sin parar, primero aplicaba las pautas como si fueran las de un corsé ajustado a lo alfabético, la cronología, el género, el contenido..., pero no tardé en darme cuenta de todos los inconvenientes cada vez que

deseaba trabajar sobre algo. Un libro o un documento te llevaba a otro. No existía una manera de acceder sino muchas, donde todo aquello que parecía alejado y, como si anduviera por un camino lleno de bifurcaciones, se convertía en otras relaciones que destruían el orden preestablecido sin parar de crecer, de tal forma que me obligaba a abrir caminos distintos para llegar a la confluencia buscada.

EL ARCHIVO COMO ESPACIO DE CONFLUENCIA (el no-lugar cerrado, vivo, siempre conectado y otras integraciones). Los años tejen una telaraña infinita que dificulta el poder establecido por categorías y todo se va escapando de sus definiciones, de estas etiquetas impuestas que, a fuerza de preguntas, nos ayudan a entender su escasa validez. Y la rotura más fuerte la experimenté a través del escritor Italo Calvino. Inmersa en la lectura de **Las ciudades invisibles** comprendí que, de la misma manera que él entraba en una ciudad como Venecia desde distintas perspectivas, traspasando las pantallas de la apariencia para expresar una multiplicidad invisible de posibilidades, el material del archivo iba mucho más allá de las nomenclaturas y enlaces previsibles, porque la obra de un autor te sumerge en conexiones que necesitan de aquellas imágenes de artistas, cineastas, escritores, científicos, pensadores..., que quedan como un tatuaje en nuestra memoria inconsciente hasta que, en un momento dado, surge la conexión. Los libros que leía le llevaban de una reflexión a otra, pero a mí también me seducía este hilo invisible que une a las personas, las que —a partir de sus textos— han seguido trabajando y, así, cada ramificación se deshacía entre sus propias fibras para formar otras nuevas que requerían atención. Calvino me llevó a hacer un ensayo que partía de sus “ciudades” hacia el pasado, entre sus publicaciones y las diversas conexiones desprendidas de su curiosidad insaciable, para volver a un presente que nos revelaba muchos aspectos vividos desde la multiplicidad y abría las ventanas hacia un futuro de confluencias, como serían las reflexiones de aquellas “lecciones americanas”, las que nunca pudo pronunciar, pero sí tuvimos la oportunidad de leer.

Un futuro —el sugerido por Calvino— que no entendía de disyuntivas, porque las cosas no eran una cosa u otra, sino todo a la vez, de la misma manera que la levedad no se podía entender sin el peso de la existencia y, al final, todo quedaba integrado. Allí aprendí que nunca nos podemos regir por las estructuras lineales y lógicas con las que nos hacían trazar nuestra ruta de vida. Borges, Calvino, y ahora, entre otras lecturas, la de Rebecca Solnit, cuando nos explica los recuerdos de su inexistencia, el largo proceso para ser y existir sin condicionantes. Ella misma nos dice algo con lo que me identifico: “No deberíamos representar nuestra vida con una larga línea recta,

sino con las ramas que se bifurcan una y otra vez, sin parar”. Algo que no solo coincide con el proceso de un archivo móvil, vivo, intercambiable entre localizaciones que se sustentan las unas a las otras sin los estrictos soportes de la razón única, sino también con cualquier proceso vital, social y creativo. Nunca he entendido, y no han sido pocas veces a lo largo de la vida, que las voces de la cultura quisieran separar las disciplinas —como ha ocurrido también con las especializaciones médicas y sus fracasos por no atender la globalidad del funcionamiento del cuerpo—, de la misma manera que las exposiciones debían obedecer a criterios de linealidad con las supuestas cronologías y épocas. Si para mí un proyecto crece como una cartografía o una constelación, para ellos, coincidiendo con las estructuras piramidales por las que se rigen los poderes, no buscaban las conexiones sino esta aparente “**normalidad**”. ¿Alguien podría decirme qué quiere decir esta palabra? ¿existe una sola lectura? ¿desde qué mirada hablamos? ¿lo “normal” de vivir entre etapas que se abren y cierran en función de unas fechas, entre obras separadas por la técnica (pintura, escultura, fotografía, dibujo, cerámica...) y las influencias que ignoran la hibridación de cualquier proceso creativo?

CONEXIONES, SIEMPRE, que se pueden explicar a través de exposiciones realizadas —**La silla: fórmulas visuales** (1983), **Noches** (1985), **Cárceles imaginarias** (1989), el ciclo **Relecturas** (1996-2001), **Cegueras** (1997), **Historias del corazón** (1998), **Una habitación propia** (1999), **¿Me escribirás una carta?** (2000), **Listas de espera** (2003), **Las libertades perdidas** (2019), entre muchas otras, y como —a través de los años—, las bifurcaciones, el tejido de cada propuesta, se transformaba en otras historias para investigar. Estiras un hilo y, poco a poco, vas separando su propio entramado para alcanzar otras vías de confluencia, otros escenarios como ocurrió con la exposición **La amistad infinita** entre Àngel Ferrant y Xavier Vidal de Llobatera (2020) a través de unas cartas que, veinte años más tarde, de otra forma, volvieron a unirse. La lectura abría muchas posibilidades y enlaces por investigar.

¿QUÉ SUCEDE EN UNA EXPOSICIÓN? Pienso en **La habitación propia** que partía de la lectura de un texto de Virginia Woolf y alcanzó una pluralidad de voces que se multiplicaban en un museo y en una ciudad por los distintos espacios del recorrido. El mismo concepto era un archivo que iba tejiendo en tránsito otras relaciones que surgían de las ideas iniciales y se convertía en un collage, hasta llegar a un último lugar que nos dejaba a la intemperie y nos sugería, a través de una instalación, que la habitación era interior, un archivo que respira a través de nuestra piel y actúa como si fuera una ventana abierta, con el aire siempre renovado, para observar, sentir, pensar y atrapar cada fragmento que se une al collage intemporal de nuestra mente. Era

aquella libertad que para Woolf no se puede encerrar con llave, de la misma manera que no siempre necesitamos unas paredes y un recinto cerrado para escribir. Desde la metáfora, desde la necesidad de ser libres, las condiciones de posibilidad aparecen en cualquier momento y lugar, se despiertan de repente, a veces entre el sueño y la vigilia, conectándonos a la ventana de un inconsciente que guarda en silencio hasta que aparece una imagen y, sin saber que camino tomarás, empiezas a estirar relaciones que ni tu misma sabías que permanecían guardadas en esta habitación propia. A veces, al despertar, por la mañana, la luz aparece con ideas que necesitan unirse a otras imágenes, objetos, palabras, emociones..., como si retomaras el sueño olvidado de la noche.

A las imposiciones de la educación que siempre te avisa de lo que debes o no hacer, el arte y la literatura me han permitido transgredir la norma, aunque en sus principios se pudiera cuestionar la credibilidad por no seguir el rol asignado. **Una habitación propia**, entre tantos proyectos que podría explicar, integraba y unía fragmentos que, si bien nacían del libro y de su autora, se desplegaban por otras muchas habitaciones individuales, como la del músico Glenn Gould; diálogos entre una escritora, como Marguerite Duras y una artista, Isabel Banal; entre las habitaciones de distintos hoteles del mundo habitadas por creadores; en la celda de una antigua cárcel de clérigos del Museo de Arte de Girona, con las esperas de los condenados; para, finalmente, salir a la ciudad en busca de otras complicidades: desde la locura, con todas las preguntas que suscita, en un centro psiquiátrico, al diálogo fotográfico del encierro en un Centro Penitenciario, uniendo la mirada de quien está dentro con la del visitante que desea profundizar en el cómo y el dónde de una vida entre celdas, confinamientos. Mientras las imágenes de los internos buscaban el exterior, la luz, el punto de fuga; los de fuera se detenían en las sombras internas de cada espacio cerrado. Y así, hasta tejer una horizontal de posibilidades infinitas.

UMBRAL MUERTE-VIDA. Volvemos al archivo físico, el que necesita un espacio para descansar el peso de los años. A cada muerte, en casa, entraba un archivo nuevo. A cada muerte una bifurcación de intereses y disciplinas distintas. El arte, la crítica, el ensayo, la pintura, las notas escritas y dibujadas, las caricaturas, las ediciones de revistas y libros, vivían con el abuelo; la pintura, la investigación, la cultura viva de su espacio vital así como todos los procesos creativos en pintura, collage, poesía, reflexión, formaban parte de una manera dispersa, sin orden alguno, en el mundo de mi abuela; la música, los antiguos libros de partituras, los cuadernos en los que trazaba las pautas rítmicas de sus ensayos, el violoncelo, eran el territorio más cerrado de mi

tía abuela; los planos, los dibujos, las patentes, las notas, las cartas del tío abuelo ingeniero; y las narraciones manuscritas donde esconder su vida bajo otros nombres, entre el anonimato y un temor exacerbado a ser descubierta, entre cartas, dibujos y poemas que le enviaba su primer marido antes de desaparecer, la tía abuela rusa que siempre fue un misterio.

¿**PARA QUÉ?** Deshacer mentiras que nos pretenden inculcar como verdades. Un pasado que nos ofrece preguntas y, como si estuviéramos siempre en tránsito, **Sobre los mismos pasos** (2018) —el proyecto de Gregorio Iglesias y Sabela Eiriz—, el camino enlaza la reflexión sobre un presente y nos alerta de cómo se debería gestionar el futuro para no caer en los mismos errores, de la misma manera que cuando observamos obras de Goya, más allá de lo que vemos, aparece la ironía, la sátira, los sueños que nos permiten intuir y alejarnos de las categorías fáciles e impuestas para cegarnos, porque no son ninguna locura sino tan solo un estado de alerta permanente para luchar contra aquellas cosas que no cesan de repetirse.

NO HACE FALTA HABLAR DE LOS ARCHIVOS DE MANERA DIRECTA y recoger imágenes familiares propias forma parte de un proyecto de Mercis Rossetti, con quien también he compartido exposiciones y complicidades, con todos los “guiños” posibles para ahuyentar la norma. Recoger historias que pueden retroceder hasta finales del 1800, linajes, placas tectónicas de ADN y relatos familiares que, por choque o sedimentación, forman cadenas montañosas. Es otra manera de hablar sobre sumas y no de divisiones. Mientras observo su trabajo con atención, escucho sus palabras...

... el tiempo compartido por la unidad más básica de la existencia, los genes, las bacterias y los relatos que se van sumando, modificando. Una historia tras otra, traicionadas por la memoria y los recuerdos, se transforman en un proceso de ficción hasta llegar a configurar la imagen viva y en constante evolución de una familia.

Hablamos de la fragilidad de la memoria y de la misma condición de posibilidad, pero también de estos hechos y conexiones recurrentes que, con cien años de diferencia, se repiten de la misma manera que pueden hacerlo los ojos o los trazos de distintas partes de un rostro...

... Destinos que son iguales, cargas que no sabes de donde vienen y solo puedes atribuirles a un pasado que, si bien no es tuyo directamente, está escrito en todo el cuerpo. Como si el tiempo no existiera, como una existencia eterna conjunta.

La vida es un archivo en expansión, frágil como el desgaste de un tejido que se quiere conservar o extinguir sin entender sus auténticas condiciones de posibilidad. Podemos hablar de aquello que suele parecernos distinto, pero seguimos bifurcando el sentido y separando entramados para alcanzar nuevas conexiones que, a veces, se experimentan como una expansión infinita. Y aquí, mientras hablo de cómo se rompen las cajas de mi archivo para buscar el aire que les falta, porque nada se puede guardar mucho tiempo sin huir hacia otros lugares; Mercis acumula información genética y relato...

... como si el archivo fuera también un organismo vivo, en constante expansión y con la voluntad de toda vida, que es existir y expandirse.

Tossa «-» Barcelona, un día de junio del 2021